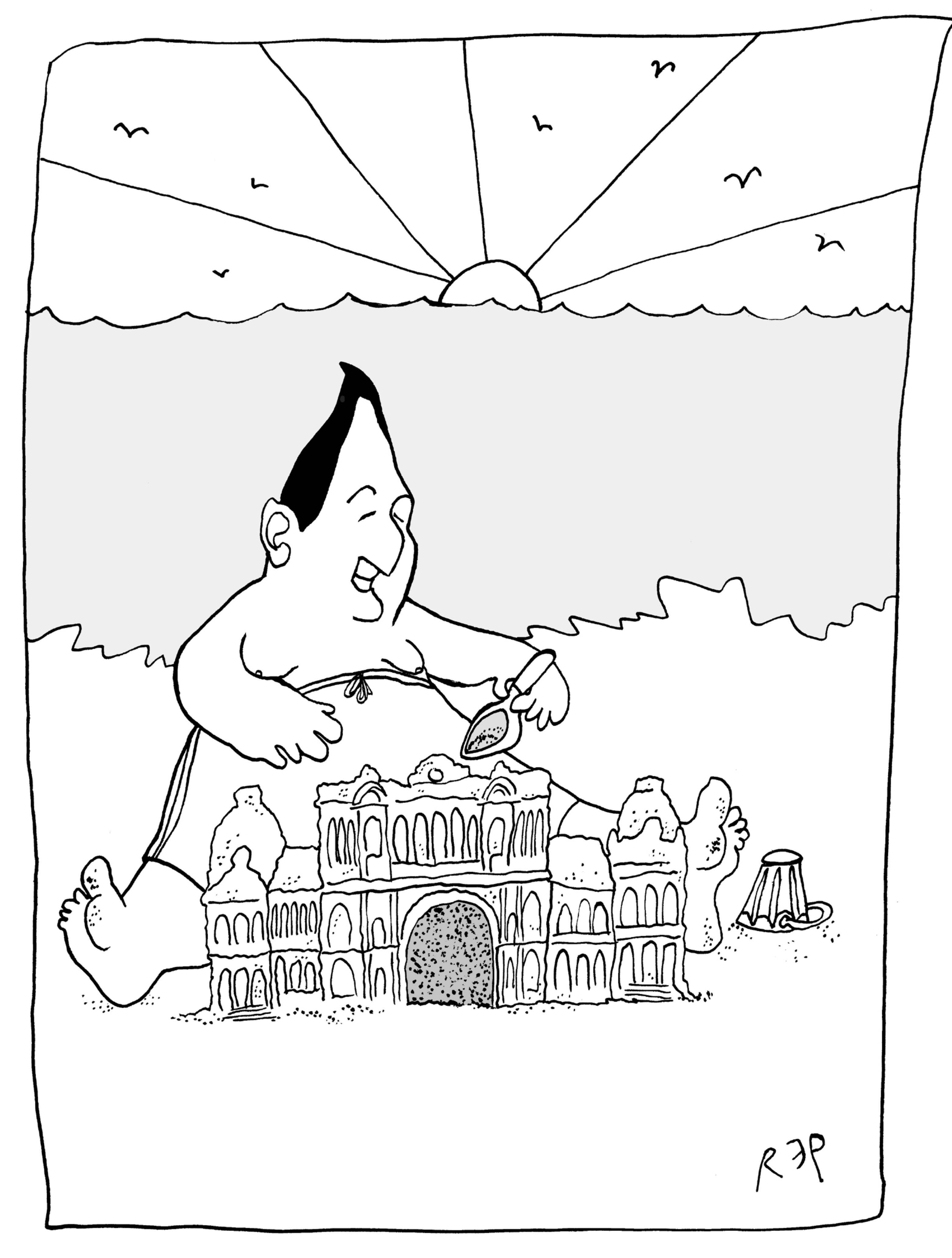
Peronismo

• José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

56 **“La Casa de Gobierno cambió de dirección”**



Suplemento especial de
Página|12

LA OTRA VERTIENTE DE LA JOTAPÉ

Pero la marejada vino de otros lados. De montones de lados. Y hasta de todos lados. Ese pequeño grupo de "catolicuchis" que se cargó a Aramburu hizo una operación espectacular y deseada por muchos, por incontables peronistas y hasta no peronistas hartos de las dictaduras, de los militares. Lejos de desautorizarla, Perón la aplaudió. Pero aplaudió también a la marejada. A partir del '68 se da el fenómeno de la "nacionalización de los sectores medios" y de una gran cantidad de la clase obrera. Nace la Juventud Peronista de los '70. La "maravillosa JP". Vamos a ver que sus orígenes, sus lecturas, sus pasiones por la militancia de superficie, su decisión de no elegir la clandestinidad sino el trabajo a la luz del día, definirán su caudaloso rostro. Es esta militancia la que muchos recuerdan como parte de los años más apasionados y apasionantes de su vida. Los jóvenes y los no tan jóvenes y hasta los ya no jóvenes se iban de todas partes y se metían en el peronismo. El *glamour* de lo prohibido los deslumbraba. Estaban hartos de militares, de curas, de cardenales, de políticos de derecha, de gobiernos radicales cómplices (sabemos que no son lo mismo Frondizi e Illia, que Illia era un buen tipo y es un ángel al lado de cualquiera de los asesinos del '76 o de los mercenarios del lopezreguismo, pero no debió prestarse a la farsa antidemocrática), de economistas antipopulares, de la brutalidad represiva, del asalto a las universidades y de la prohibición del peronismo y de Perón. Para muchos, la pregunta surgía con fuerza: ¿qué pasaba con el hombre de Puerta de Hierro? ¿Por qué era intragable para el régimen? En esos años nadie se preguntaba si Perón había sido nazi o no. Recuerdo un pasaje de la biografía de Eva de Alicia Dujovne Ortiz (que pareciera, durante estos días, no seguir el camino alfombrado hacia el establishment que otras señoras de la cultura han elegido) en que ella, Alicia, se pregunta si la Juventud Peronista sabía algo sobre la entrada de nazis en la Argentina o el periplo europeo-mussoliniano de Perón de fines de los '30. Más o menos dice: no, ésas eran historias de viejos. Claro que sí: los jóvenes que eligen el peronismo a fines de los '60 están hartos de oír hablar pestes de Perón. Hartos de sus padres gorilas. Desde niños les han llenado la cabeza sobre las canalladas del tirano prófugo. ¿Que se trata de una rebelión contra los padres? Por supuesto, ¿hay algo de malo en eso? Con una gracia de porteño atorrante irredimible escuché cierta vez a un político peronista decir: "En los '70 un pibe rebelde se te hacía montonero. Hoy se te hace gay". (*Nota*: No dijo "gay", dijo algo más fuerte, más "homofóbico", por decirlo en ese lenguaje tan cuidadoso que hay que usar en estas cuestiones para no entrar en esa zona de sospecha que acecha a los "héteros" de este tiempo: ser homofóbicos por ser homosexuales reprimidos o, más aún, aterrorizados. En rigor, el político dijo "puto" que –me dispongo a demostrar más adelante– no tenía en ciertas personas una carga de negación sino de integración afectuosa, festiva, hasta jubilosa. En la marcha hacia Ezeiza, cuando Néstor Perlongher, el poeta que armó el Frente de Liberación Homosexual, se une para ir con la Jotapé –los comunistas los habían sacado a patadas y otros, muchos, también–, los pibes los reciben con aplausos, con alegría y con cánticos. Los cánticos decían: "¡Los putos con Perón!". Eso se dijo con la mejor onda, yo lo vi. No existía la palabra "gay" entonces. Y Perlongher fue con la izquierda peronista. Esto se puede leer en una novela que escribió un personaje ya algo indescifrable de la Argentina que, alguna vez, fue un escritor. La novela se llama: *Los reventados* y su autor es Jorge Asís.) La Jotapé estaba de moda. Perón se pone de moda. A los guerrilleros la clase media les dice "los muchachos". Para colmo, los chicos de los "fierros" reparten alimentos, que se afanaron de "supermercados del imperialismo", en las villas de los pobres, las llamadas "miseria", y esto derrite el corazón del medio pelo. Pero la Jotapé es un gran momento (creo que el más grande) de la pequeña burguesía argentina, de su clase media. Se meten en el corazón del riesgo, de la generosidad social. Baschetti lo ha resumido bien: "Ahí iban los secundarios organizando a los suyos y convirtiendo a los turnos noche en foros de discusión y acción; peleaban los universitarios para lograr que la facultad estuviese también abierta para los hijos de los obreros; los muchachos en los barrios organizaban a los vecinos para que hicieran valer sus derechos; otros iban a las villas para que también a estos lugares eternamente postergados llegaran la educación y la salud, el progreso y un futuro digno. Las fábricas dejaron de ser cotos de caza de patrones y burócratas desde el mismo momento en que se organizó una juventud que aglutinó a los sectores sindicales más combativos y revolucionarios. A tal punto llegó esta efervescencia y decisión de cambiar las cosas en Argentina, que por primera vez –en gran número– jóvenes pertenecientes a los sectores más poderosos y oligárquicos de nuestra sociedad se convirtieron en "renegados de clase" y pasaron a engrosar con su inteligencia y decisión la causa peronista, nacional, popular y revolucionaria". (Baschetti, *La memoria de los de abajo*, ed. cit., p. 24).

PERONISMO, MOVIMIENTO DE LIBERACIÓN DEL TERCER MUNDO

Había, sin embargo, un encuadre filosófico y político que pugnaba por ir más allá de este entusiasmo. Era necesario. Lo que aquí ocurría era excepcional, pero no único. La Argentina y el peronismo revolucionario formaban parte de un movimiento liberacionista mundial: el Tercer Mundo. En sus entregas para el diario de la CGT de los Argentinos, Walsh dibuja tenuemente lo que sucede. Raimundo Villaflor habla de las enseñanzas que les dispensó, a él y a sus compañeros, alguien a quien llamaban "El Viejo", "Mingo", "El Griego", "El Químico" y era Domingo Blajaquis y les habló, por primera vez, del peronismo y los *movimientos de liberación nacional*. Vamos a tratar de explicitar el marco teórico que se le dio al peronismo para que tuviera –además de lo obvio: su prohibición y la de su líder, su aura formidable de fruta prohibida del Paraíso de las clases dominantes– una contundencia en el campo conceptual, y pudiera polemizar con todo el aparato teórico de la izquierda "marxista" que se le oponía. Ahí, en esos tiempos, los cuestionamientos de la oligarquía, del gorilaje tradicional, eran totalmente ineficaces, pero no los de la izquierda que buscaba demostrar lo de siempre: que el peronismo era un movimiento nacional burgués, que no era revolucionario y que, por tanto, no haría la revolución. Sí, quién no lo sabe. Hoy cualquiera dice: "Tenían razón". Pero hoy, caballeros, todos tienen razón. El mundo se ha ido a la mismísima *merde*, la revolución no la hizo nadie, la burguesía enterró al proletariado y estamos navegando entre borrascas apocalípticas. De modo que si algún revolucionario "marxista" de los '70 cree que ganó esa discusión será atinado decirle que esa discusión no la ganó nadie, la perdieron todos. Pero no saltemos etapas. Eso, en los '70, decían los ayudantes de trabajos prácticos de Juan Carlos Portantiero. Lo decía el ERP, con Ernst Mandel de guía, y lo decía, mejor que nadie, Milcíades Peña. Pero eso, a los que se metían en el peronismo, les importaba poco. *El peronismo era el lugar para estar*. Ahí se jugaba la historia. Eso era lo que le molestaba al régimen. Porque no sé si lo han advertido: en la Argentina, al Poder siempre le molestó más el peronismo que la izquierda, el peronismo que el PC. Por alguna causa que no sería arduo explicitar nunca las izquierdas de la Argentina convocaron a los pobres, a la negritud. Y no porque el peronismo se los robara. ¡Qué pobre argumento! Sino porque no supieron captarlos. El peronismo los retuvo desde el Gobierno y desde el llano, desde la proscripción, la difamación y aun bajo el padecimiento de los aparatos represivos de todos los gobiernos que se empeñaron en borrarlo del mapa del país.

Vuelvo a Walsh. Raimundo Villaflor cuenta lo que escuchó de labios de su maestro Domingo Blajaquis: "Porque él (Blajaquis, J. P. F.) nos sacó todos esos berretines que teníamos, de ser peronistas por el solo hecho de serlo, y no comprender que el peronismo es un movimiento parecido al de otros pueblos que luchan por su liberación. El no, él siempre fue un revolucionario, siempre tuvo una concepción del destino de la clase trabajadora. Y él nos explicó las causas por las que estábamos derrotados, el papel del imperialismo, el papel de la oligarquía, y el papel de la burocracia en el peronismo: esos recitadores de los días de fiesta. Aprendimos lo que significaban los movimientos de liberación en el resto del mundo, y por qué nosotros teníamos que desembocar en un movimiento de liberación" (Rodolfo Walsh, *¿Quién mató a Rosendo?*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1984, p. 22. Esta non-fiction de Walsh es uno de sus más admirables trabajos. Aparece como texto combativo en el combativo periódico de la CGT de los Argentinos. Se propone desenmascarar la acción contrarrevolucionaria del sindicalismo vandorista. Pero recoge la pasión del autor por el género policial. El título –*¿Quién mató a Rosendo?*– rinde homenaje al policial de enigma, a la inglesa, en el que descubrir al asesino lo es todo. La novela dura de los yanquis es distinta: importa más la descripción de un mundo sombrío, lleno de perdedores sin redención, en que el *problema* habrá de planteársele al detective. Walsh empezó escribiendo ficciones a la inglesa: sus *Variaciones en rojo*. Pero a sus textos comprometidos, políticos, de denuncia, llevó el andamiaje del policial duro. Sin embargo, el título de esta novela responde al clásico *Whudunit* de los británicos. Al clásico *quién lo hizo*. Es notable cómo el talento de este escritor destellante de nuestra literatura distribuía sus materiales. Título de policial inglés, prosa de novela negra, personajes populares, temática política, asesinatos entre sindicalistas. Observemos la perfección hammetiana, la prosa impecable de este fragmento: "A José Petraca no le gustaba cómo lo estaba mirando ese hombre de ojos oscuros y cara angulosa. Ya no le habían gustado algunas cosas que le pareció oír de la otra mesa. Y cuando aquella gente pagaba para irse, el hombre lo seguía estudiando, con ese gesto, medio de burla y de desprecio" (Walsh, *Ibid.*, p. 59). Debió corregir la cacofonía entre "angulosa" y "cosa", pero sin duda trabajaba con apuro. Además, ¿qué importa una cacofonía cuando el ritmo de la prosa es tan infrecuente, tan personal, una caricia a los oídos del lector? El lenguaje es arisco, indomeñable. Le reprocho la cacofonía entre "angulosa" y "cosa" y apenas un renglón abajo escribo "prosa". ¡Tenía que escribir "prosa"! Ahí, cuando la cacofonía va contra el concepto, optar por el concepto, y si algo no suena tan bien como lo habríamos deseado, mala suerte. No seguimos porque dedicaremos cuanto menos un capítulo entero a Walsh. Este artista de excelso talento, a pocos días de su muerte, aún está discutiendo con la conducción de Montoneros, Firmenich, Vaca Narvaja, Perdía, cuestiones elementales de política, de táctica y estrategia, de sobrevivencia. Como si fueran a entenderlo. Y esta es sólo una cara de esta gran tragedia que estamos narrando).

¿Qué establece el peronista Walsh? (Porque, para qué negarlo, el entrañable guerrero irlandés, este hombre de sangre caliente y opciones extremas, se compró y contribuyó a imprimir todos los boletos del *peronismo revolucionario*, con los que viajó hasta el final, con el último que le quedaba. Era el mejor de todos y ya no era un boleto sino una carta memorable que tallaría su perdurable, incluso venerada, posteridad.) Que el peronismo, dice, es un movimiento de liberación nacional. Aquí entra la cuestión del Tercer Mundo. La *revolución* se había deslizado a esta zona del planeta. La guerrilla vietnamita derrotaba al poderío bélico norteamericano. La Revolución Cubana postulaba su condición de vanguardia en la lucha por la liberación de América latina. El Che moría en Bolivia. Pero su mensaje era claro: el foco puede crear las condiciones del proceso revolucionario, no necesita esperarlo. Tampoco necesita esperar a las masas. El foco puede convocarlas. En Chile, la Unidad Popular de Salvador Allende era incontenible. Francia había sido derrotada en Argelia. Y Gilo Pontecorvo había filmado una película que todos veían. Ver *La batalla de Argelia* y leer *Los condenados de la tierra* de Frantz Fanon y, muy especialmente, el

"sublime" (la expresión es de Eduardo Grüner y la comparto) Prólogo que Jean Paul Sartre le había escrito en una noche en que acaso tuviera fiebre o se le hubiese ido fuertemente la mano con las anfetaminas, eran obligaciones de la época.

EL HOMBRE ES EL CENTRO DE LA POLÍTICA

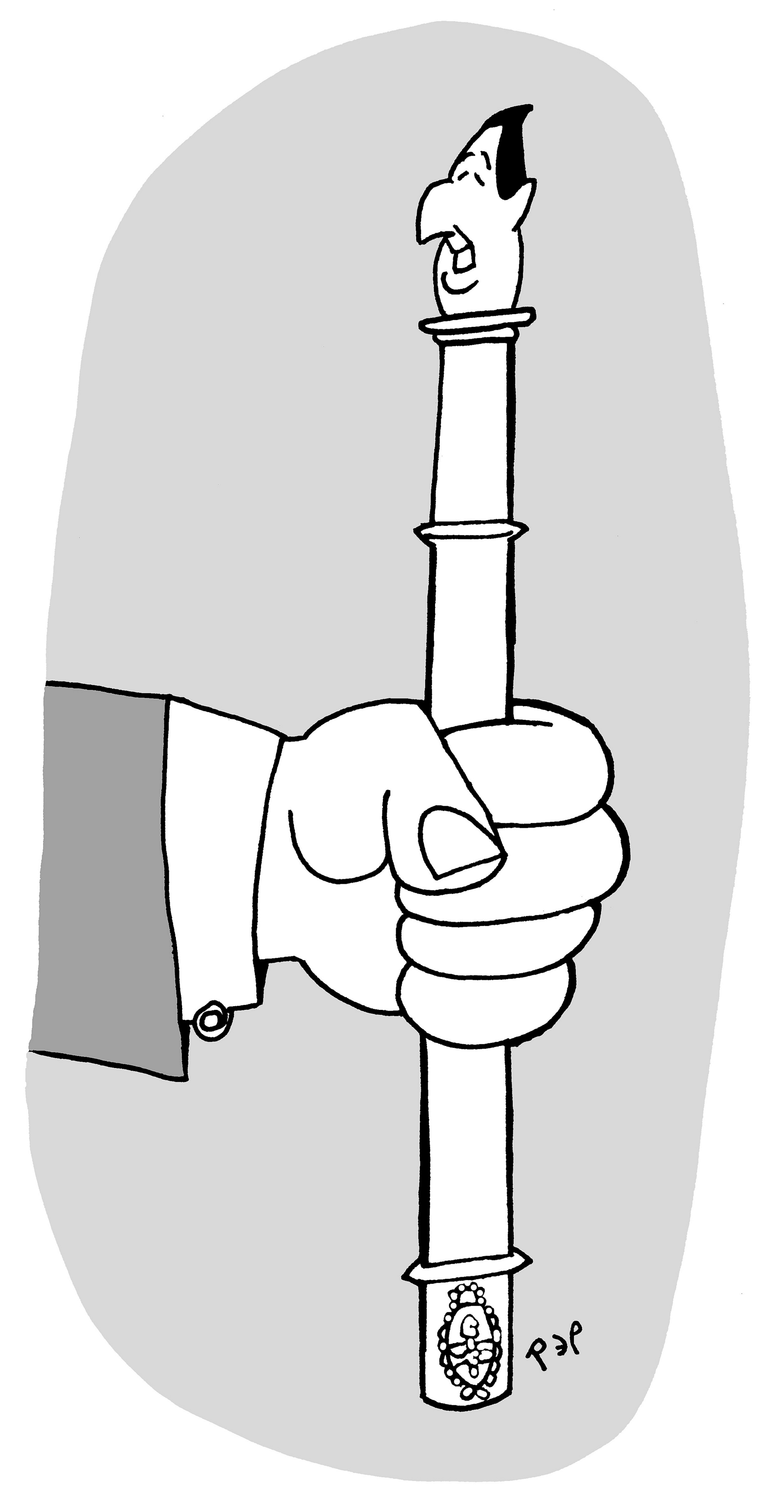
Estas lecturas no eran las frecuentadas por los "cristianuchis". Todo ese polo del cristianismo revolucionario leía a Teilhard de Chardin, veneraba a Camilo Torres, gestó *Cristianismo y revolución* y, sin duda en uno de sus mejores momentos, recibió clases de Conrado Eggers Lan en Córdoba. En verdad, sólo el grupo originario de Montoneros –y algunos otros sectores desde luego, pero restringidos– puede calificarse como "católico", "clase alta" y de origen tacuarista con la evolución que ya hemos señalado: MNRT y luego el peronismo. Los que recibieron clases de Eggers Lan en Córdoba formaron una importante escisión crítica de Montoneros que se llamó los "Sabinos". Habrían de publicar, en julio de 1972, el llamado "Documento Verde" donde tempranamente realizan críticas muy atinadas a la conducción de la orga "hegemónica". Bien, por un lado los católicos y muchos de ellos, como Conrado Eggers, buscando afanosamente una integración entre cristianismo y marxismo que condujera por fin al peronismo. Eggers Lan jamás tuvo nada que ver con la lucha armada. Sus pasiones eran Cristo y Marx. Como sea, llevó a muchos de los católicos cordobeses al estudio de los *Manuscritos* del '44, bellísimos textos de Marx que Eggers amaba profundamente y en los que veía esa unión entre cristianos y marxistas. Pero *la otra vertiente* venía de la lectura de *El capital* y de la *Fenomenología del espíritu*. Conocía de memoria el Prólogo de Sartre a Fanon y la obra de Fanon. Había visto miles de veces *La batalla de Argelia*. No participaba de la lucha armada sino que se asumía como productora de elementos ideológicos que fortalecieran al peronismo en sus discusiones y en su "actualización doctrinaria", fórmula que Perón tiró para los que buscaban el socialismo desde las veinte verdades.

Su expresión más poderosa se dio en el debate de ideas y tuvo lugar en los claustros universitarios. Fueron las *Cátedras nacionales*. Sobre esta *otra* vertiente de la juventud que adhiere al peronismo es importante señalar que nadie se preocupaba mucho por la fe, por Cristo, por la Ciudad Terrena o la Ciudad Celestial. El diálogo entre marxistas y cristianos les importaba poco porque venían del marxismo y no eran cristianos. Como muchos de ellos eran judíos (que fueron luego *especialmente* flagelados en los campos de concentración de la dictadura) me atrevería a una *boutade*. Es la siguiente: si la primera vertiente de la Jotapé es católica, la otra, la que va del marxismo al peronismo, es judía. O atea. O agnóstica. En la AMIA hay un mural de importantes dimensiones. Cierta vez (bajo la administración anterior a la presente) me invitaron a almorzar. Les digo: "Pero ustedes no pueden hablar sólo del genocidio del pueblo judío. Hubo otros. El armenio. Y el nuestro. La ESMA es nuestro Auschwitz. ¿Cómo no hablan de eso?". Por toda respuesta me llevaron a ver el mural. Es una gran placa de hierro forjado. En ella se lee: "*En memoria de los 30.000 detenidos-desaparecidos de la Argentina. 2000 de ellos eran judíos*". Les dije que sí, que así debía ser porque yo había conocido infinidad de militantes con apellidos judíos en la Jotapé. Me atreví, amable pero algo provocador, a decirles: "La mayoría de ellos pensaba que el Estado de Israel es un enclave del imperialismo yanqui en Medio Oriente". Me respondieron: "No importa. Igual eran judíos". En suma, es exagerado decir que la vertiente que viene del marxismo es "judía", pero interesa señalar que la militancia de los '70 no fue sólo la montonera con ese origen católico preconciliar que tanto gustan señalar algunos. No, los Montoneros empezaron siendo diez, veinte o cuarenta tipos. No importa. Pero el huracán generacional que se vuelca al peronismo revolucionario tiene orígenes de todo tipo. Muchos de católicos no tenían nada. Eran judíos. O provenían de familias judías, ya que ellos, con el judaísmo, poco que ver. Los judíos de la Jotapé no eran como los católicos que le seguían rezando a la Virgen. Olvidaron a Jehová, a Moisés, a Abraham y a quien fuera. Eran más bien tirando a ateos y descifraban apasionadamente a Hegel, a Marx, a Sartre, a Fanon y a Mariátegui. La "cuestión nacional" la empezaron a analizar sin demasiados apoyos. Es bastante mitológica esa "delantera" de héroes del pensamiento nacional que suele enunciarse: Hernández Arregui, Jauretche, Puiggrós, Scalabrini, Ramos. Se los leía, sí. Pero desde las *Cátedras nacionales* los jóvenes profesores empezaban a escribir sus propios textos. (*Nota:* Sería una injusticia no confesar el placer con que leí *Revolución y contrarrevolución en la Argentina* de Jorge Abelardo Ramos en la gloriosa edición en dos tomos de Plus Ultra que todavía conservo. ¡Qué buena pluma! Qué uso del sarcasmo, qué gloriosas patadas para el stalinismo en el Plata, qué manejo virtuosístico de textos de Marx, Engels, Lenin y Trotsky. Qué saludable falta de respeto, deliberada rudeza y hasta tosquedad por las figuras egregias de la oligarquía: *Sur*, Borges, Victoria, Bioy. Qué dislate los capítulos sobre Roca. Qué placer me produjo leer ese libro. Hernández Arregui escribía mal y su marxismo no lo llevaba a ningún puerto, a ninguna plenitud. Scalabrini como literato, no gran cosa. Como investigador de los ferrocarriles, y bueno, no estaba mal. Puiggrós era pesado, su prosa ahuyentaba. Y Jauretche se hacía el piola todo el tiempo. Tenía ingenio. Sabía pelear. Pero no mucho más. El gran teórico que leí en esos años fue John William Cooke. *Peronismo y revolución* era un texto brillante. Voy a decir un exceso: era digno de Sartre, que había inspirado al Gran Gordo en ese libro. La prosa de Cooke mordía, cortaba, era la exhibición impecable de la lucidez militante. Después leímos –no digo todos, pero muchos– muchísimos de los libros que editaba Hachette, esos azules y blancos, los de la colección *El pasado argentino*. Y a Pepe Rosa, cómo no. Eramos capaces de discutir durante horas si la Ley de Aduanas de 1835 había protegido o no al interior mediterráneo. Y leí, concienzudamente, el manual de *Conducción política* de Perón. Lo subrayé, lo anoté, con regla, con lápices de distintos colores. Escribí sus márgenes. Tomé notas en mis cuadernillos. No lo podía creer: ¡estaba leyendo al tirano prófugo con la seriedad con que había leído a Hegel o a Heidegger! Volveremos sobre estas cuestiones.)

Pero era Fanon el que más nos convocaba. Fanon, el Prólogo de Sartre y la película de Pontecorvo. ¿Qué hacían los otros profesores de filosofía? Lo habitual: el estructuralismo arrasaba. Eran todos etnólogos con Lévi- Strauss, lingüistas con Saussure, marxistas con Althusser y los suyos, ya se leía a Foucault y su consigna de "la muerte del hombre" (¿qué podía significar *eso* para los que en América latina militaban u ofrecían su vida por el hombre nuevo?), Barthes y la muerte del autor y del estilo, empezaba a entrar Lacan de la mano de Masotta, el Di Tella andaba en lo suyo (alejado totalmente de este mundo, como la militancia ignoraba por su parte las exquisiteces y las verdaderas muestras de talento que ofrecía el Di Tella junto con las idioteces habituales que abundan en esos lugares de intelectuales y artistas exquisitos) y la filosofía europea exaltaba a Nietzsche y a Heidegger en tanto sepultaba a Sartre. La tarea del estructuralismo era la de salir del sujeto. Liquidar la idea del hombre. Entre nosotros, un insólito y excepcional artículo de Horacio González era leído por todos o, sin duda, por muchos: *Humanismo y estrategia en Juan Perón*. Su título tenía algo de desafiante: tratar a Perón como un autor "académico". Ese "en Juan Perón" parodiaba el giro predilecto de tantas monografías que se escribían durante esos días. "El dionisismo en Nietzsche", "Lo práctico-inerte en Sartre", "El concepto de sobredeterminación en Althusser", "El análisis de 'Las Meninas' en Foucault" y así. La fórmula central que proponía el texto de Horacio era: *El hombre es el centro de la política*. Entre nosotros, lejos de morir, los sujetos prácticos de la historia, los hombres concretos de la política, estaban en la centralidad, esa "centralidad" que la deconstrucción postestructuralista vendría a destruir. Ya se sabe: detrás de la naciente *French theory* estaba Heidegger, omnipresente. Aquí, Heidegger era propiedad de los militantes de *Guardia de Hierro*, el encuadramiento de Alejandro "Gallego" Alvarez. Ya veremos eso.

"LA BATALLA DE ARGELIA"

Vamos a *La batalla de Argelia*. Junto a *La hora de los hornos*, el film de Pino Solanas y Octavio Getino, la obra de Gilo Pontecorvo fue vista por toda la militancia de la época. El film se realizó en 1966, era una producción entre Italia y Argelia. En los cines o en los secretos lugares en que se proyectaba, cada vez que un argelino mataba a un francés o el Frente de Liberación Nacional Argelino volaba un bar colmado de colonialistas (franceses y argelinos cómplices de la dominación), el auditorio estallaba en aplausos y en vivas a la revolución, a la lucha contra los opresores y a los guerrilleros (o terroristas en el caso de Argelia; ya estudiaremos la diferencia entre guerrilla y terrorismo) que la encarnaban. *Pero esto no es lo principal que me propongo analizar.* Créase o no (y, sin duda, se creerá), *La batalla de Argelia* es una película fundamental para la formación de los sofisticados cuadros militares de la *contrainsurgencia*. Voy a citar largamente (por su importancia, por la fascinante paradoja que encierra) un fragmento del libro *Terrorismo y contraterrorismo, comprendiendo el nuevo contexto de la seguridad,* de Russell D. Howard (coronel de EE.UU.) y Reid L. Sawyer (mayor, EE.UU.). La traducción pertenece al capitán de fragata Arturo Guillermo Marfort y ha sido editado por el *Insti-*



tuto de publicaciones navales del Centro Naval. Fecha de edición: 2005. Recuerden que la represión del "Proceso" se hizo en la Argentina siguiendo el modelo que aplicaron los franceses en Argelia. Quiero decir: *La batalla de Argelia* tenía dos caras. Por un lado, mostraba las acciones del FLN, que entusiasmaban a la militancia de la izquierda peronista. Por el otro (algo que esa militancia, en pleno triunfalismo, desechó por completo), detallaba los métodos que los paracaidistas franceses pusieron en práctica para derrotar a los guerrilleros argelinos. *La batalla...* termina con la liberación de Argelia, pero luego de un salto en el tiempo y a causa de la aparición fulminante de las masas, que no pudieron ser contenidas. Además, la acción represiva sufría un fuerte desgaste cuando este acontecimiento se produjo. El libro de Russell y Sawyer (editado por la Marina, hoy) asume para sí las lecciones del film de Pontecorvo. Esas lecciones –de aquí, nos permitimos insistir, que no sea casual que sea la Marina la que edite el libro: fue ella la institución que aplicó en la ESMA esas lecciones– son centrales para la enseñanza de la lucha contrainsurgente. Ni los Montoneros ni el ERP ni nadie pudo leer, en los setenta, un libro así. Es probable que hubiesen sosegado sus ímpetus. Aunque tampoco nadie se ocupó de averiguar la metodología del general francés Massu a fondo. Ni siquiera se ocuparon de asumir lo que el film, claramente, exhibía. El triunfalismo no cedía espacio para estas conductas.

El artículo que tomamos del libro está escrito por Bruce Hoffman; no un militar, un civil, un experto internacional en terrorismo y violencia política. Esto permitirá explicar que nos exhiba un rostro sensible y preocupado ante las atrocidades de la contrainsurgencia. De hecho, su trabajo se titula *Un trabajo repugnante*. Algo que seguramente provocaría la hilaridad de los torturadores franceses, muy seguros y orgullosos de su imprescindible tarea para "salvar vidas inocentes". Escribe Hoffman: "Muchas veces les he dicho a los soldados, a los espías y a los estudiantes que si quieren entender cómo combatir al terrorismo miren *The Battle of Algiers* (...). La difunta Pauline Kael, decana de los críticos de cine estadounidenses (lo cual es cierto, se trata de una mujer que pudo haber destruido la carrera de Woody Allen, algo que sin duda intentó, ya que no dejó film sin erosionar, sin atacar impiadosamente; es temible, tiene mucho poder y es muy inteligente, J. P. F.), siete años después de su estreno, todavía parecía embelesada cuando en una crítica de 900 palabras describía la película como una "epopeya bajo la forma de un documental", "la publicidad revolucionaria más grande de los tiempos modernos" y "el llamado a la revolución más apasionado y astuto jamás realizado". Sin embargo, las mejores críticas han venido de los terroristas –miembros del IRA, de los Tigres de Tamil en Sri Lanka y de los revolucionarios afro-estadounidenses de la década de 1960– que la han estudiado asiduamente. En una época en la que el ejército de Estados Unidos ha enrolado a libretistas de Hollywood para ayudar a concebir escenarios de futuros ataques terroristas, no parece tirado de los pelos aprender las dificultades de combatir al terrorismo mediante una película que los mismos terroristas han estudiado" (*Ibid.*, pp. 328/329).

Hasta donde yo sé tampoco Perón mencionó este film ni las tácticas contrarrevolucionarias que los generales franceses habían elaborado en Indochina y aplicado ferozmente en Argelia. Al Perón madrileño lo enfrentaba un Ejército que, al final de la lucha, cayó en manos del general Lanusse. Este hombre, al que le decían "El cano" por su pelo blanco y hasta plateado, estaba en contra de estos métodos. Durante la carnicería del videlismo trascendió una frase que dijo a sus compañeros de armas: "Detenciones, señores. No secuestros". Esto le valió la muerte de su amigo Edgardo Sajón y la impiadosa persecución de Malek, otro de su grupo. Y si no lo mataron a él fue porque era Lanusse, pero lo deben haber insultado rabiosamente en todos los lugares donde se elaboraban los métodos de "inteligencia". Contra Lanusse, Perón se podía lucir, como lo hizo. Se podía guerrear, como se hizo. Sucedió lo de Trelew. Pero eso, a Lanusse, se lo hizo la Marina. Una típica "apretada". Un típico peñasco sanguinario para impedir la actitud negociadora ante Perón. El "general herbívoro" peleaba serenamente desde su bunker de Puerta de Hierro. En verdad, la consigna –altamente imaginativa– que la Jotapé larga en Gaspar Campos durante el primer regreso de Perón (*La Casa de Gobierno cambió de dirección/ está en Vicente López por orden de Perón*) pudo ser aplicada desde el momento en que el líder del movimiento se instala en Puerta de Hierro. A partir de ese momento la política argentina empieza a decidirse más en Madrid que en el país, aunque les doliera aceptarlo a los héroes del Estado Gorila.

"LA BATALLA DE ARGELIA" COMO MANUAL DE CONTRAINSURGENCIA

Sin embargo, con el paso del tiempo duele comprobar que el espíritu triunfalista de la militancia juvenil y de los combatientes de la guerrilla les impidiera ver *El otro rostro de "La batalla de Argelia"*: el de la ferocidad de la contrainsurgencia. No se detiene ante nada. Hoffman cuenta que está en Sri Lanka y, al saber que es un especialista en terrorismo y contraterrorismo, lo llevan a conocer a un oficial del ejército al que llaman "Terminator". Conversan largamente. Terminator le dice: "'Uno no puede combatir al terrorismo recorriendo todos los procedimientos legales'. Creía que el terrorismo podía ser combatido solamente 'aterrorizando' concienzudamente a los terroristas (...). Thomas (el nombre ficticio que el autor le pone por fin Terminator, J. P. F.) no confiaba en que yo pudiera entender lo que él estaba diciendo" (*Ibid.*, p. 332). Usted es un académico, le dice Thomas, no entiende de esto. Esto lo sabemos nosotros. Los que tenemos que proteger la vida de nuestros ciudadanos. Le voy a dar un ejemplo sobre cómo se hacen estas cosas. Lo lleva a un lugar secreto de la ciudad. Hay tres terroristas. Pareciera que saben dónde ha sido colocada una bomba en algún lugar de la urbe agredida. Thomas se les acerca. Les pregunta dónde está la bomba. No le responden. Les dice que hará una vez más la pregunta y luego los matará. Hoffman, entre incrédulo y asustado, presencia la situación. Thomas saca la pistola de su cartuchera, la apoya en la frente de uno de los terroristas y hace fuego. Los otros dos confiesan. La bomba es desactivada y se salvan numerosas vidas. Thomas, luego, le cuenta peores torturas. Pero, al lado del Tigre Acosta o del general Camps, se ve como un hombre humanitario. Thomas, a Hoffman, le exhibe la tortura como medio para obtener un fin. Una vez logrado el objetivo, se acabó el procedimiento. En los campos de Argentina la tortura era constante y no sólo obedecía a fines "de inteligencia". Era por el mero castigo. O por la execrable vehiculización del sadismo de los verdugos. Thomas no le confiesa a Hoffman haber empalado a nadie. O haberlo despellejado en vida. O haberlo quemado vivo también ("el asadito"). De todas formas, uno no sabe dónde puede detenerse Thomas. Si un terrorista se le resiste más de lo deseado el castigo será cada vez mayor y más truculento. Entre nosotros existió la venganza, el ultraje, el sadismo sin límites y la tortura por la tortura misma. No podemos, sin embargo, saber si Estados Unidos no habrá ya llegado o superado (si es posible) esos límites. El mismo civilizado, académico, Hoffman confiesa haber mirado fotos de muchísimos de los cadáveres de las 5000 personas que murieron el 11 de septiembre (el nine eleven) y se sincera descarnadamente: "Recuerdo al enemigo despiadado que Estados Unidos enfrenta, y me pregunto hasta dónde deberemos llegar para derrotarlo" (*Ibid.*, p. 333). Cuando esa pregunta surge, cuando el sujeto se atreve a formulársela es tarde, la decisión está tomada: *Se deberá llegar hasta cualquier parte, hasta el más inimaginable de los horrores.* Hoy ya se empieza a considerar su posibilidad y a elaborar su justificación, basada siempre en la crueldad superior (e injustificada) del enemigo. La condición humana cada vez más indaga en sus abismos, en aquellos *agujeros negros* cuya existencia ni sospechaba. Ahí, en ellos, todo respeto por la vida humana habrá de perderse. Será el espacio del odio y la vejación. "Massu y sus hombres (escribe Hoffman) no tenían problema alguno (...). Justificaron los medios para la obtención de inteligencia con argumentos de costo-beneficio. La filosofía exculpatoria adoptada por los paracaidistas franceses se resume mejor en la creencia intransigente de Massu de que "el inocente (esto es, las próximas víctimas de los ataques terroristas merece más protección que el culpable" (Hoffman, *Ibid.*, p. 330).

Perón parecía no ver estos peligros. Parecía, si algún conocimiento de ellos poseía, despreciarlos. El peronismo era un movimiento de masas. Las *Formaciones especiales* sólo formaban el ala armada del mismo. El, como líder supremo, como Padre Eterno amado por el pueblo, habría de dominarlas cuando quisiera. Ahora, a darles máquina. Luego se vería. Era "la violencia de abajo". Era causa, no efecto. La causa era la "violencia de arriba". La *violencia* fue aceptada y motorizada con entusiasmo. "Si Evita viviera sería montonera" significaba que estaría "en el puesto más arriesgado de la lucha". ¿Quién había determinado eso? No, señores. El peronismo era un movimiento. No tenía "vanguardia". *Todo el movimiento era el puesto más avanzado de la lucha.* Los Montoneros, desde la muerte de Aramburu, exigieron sangre por poder. "La sangre la pusimos nosotros. Ahora queremos en el poder un reconocimiento proporcional a ese sacrificio." Querían –ya bajo esa conducción de Firmenich– compartir la conducción con Perón. Hubo, lamentablemente –trágicamente– una sobrevaloración de los "fierros" que llevó a la guerrilla a creerse "más" que todos. Y a exigirle a Perón compartir el poder. Compartir nada menos que algo que Perón jamás había compartido ni compartiría: *la conducción del movimiento*. Perón se habrá indignado: "Estos tipos están locos. Por unos cuantos muertos que tiraron sobre la mesa creen igualarme a mí, que soy querido y reclamado por el pueblo desde 1955, que nadie puede hacer política al margen de mi nombre coreado por las masas de un extremo a otro del país". Nadie le discutiría la conducción a Perón. Nadie la compartiría con él. Nadie, a su lado, podría asumirse como "vanguardia". *Todo eso lo era Perón*. Los Montoneros parecieran no haberlo comprendido nunca. Como no entendieron la *naturaleza del pueblo peronista* que Perón había forjado. Es posible que los tiempos fueran, hoy, otros. Que muchos pueblos giraran al socialismo. El pueblo peronista, no. Seguía siendo el del '45-'55. Y quería lo que tuvo entonces. La Argentina de los años felices. Eso que Daniel Santoro llama "la patria de la felicidad". Los Montoneros querían la guerra, la revolución. El choque era inevitable. Otra conducción habría comprendido: *Nosotros fuimos vanguardia durante la etapa de lucha, de asalto al gobierno. Ahora nuestro lugar es la retaguardia. Es el momento de reconstruir el Estado y pacificar el país*. Perón no viene sólo por nuestra lucha. Viene condicionado por el poder militar, que aún es temible, vigoroso, una fuerza compacta y superior. A esperar. Nuestra tarea, hasta aquí, está hecha. Es la hora de dialogar, de pactar y de ir lentamente avanzando. Firmenich estaba a distancias siderales de entender algo así. Y cuando enfrentó a Perón, el viejo líder les contestó del peor modo posible. Narramos una tragedia. Sin malos ni buenos. Una historia que termina en una masacre inhumana no tiene héroes, no tiene gloria. Todos hicieron lo suyo. De otro modo, la catástrofe se habría evitado. Cierto es que el principal error de Perón no pudo evitarlo: morirse. Pero, para volver así, casi moribundo, ¿debía volver? Para aguantar unos pocos meses y dejar todo en manos de los asesinos que lo rodeaban, ¿se justificaba su aterrizaje en el campo de batalla, en los campos de las feroces contradicciones, donde él, lejos de ser el que podía conciliarlas desde la lejanía, desde Madrid, era sólo una más? Esa Casa de Gobierno que tenía en Madrid, ¿sirvió que la trasladara a Buenos Aires?

Continuaremos.

Colaboración:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

Fanon y Perón, ¿un solo corazón?